

les, a media piel, fueron decorados solamente en lomo y vueltas (encuadernación de los CUENTOS DE LA ALHAMBRA, de W. Irving, todavía firmado con la marca del taller de P. Martínez), o con alguna mayor importancia pero sin dar todavía la definición de su estilo, en cubiertas lomos y contracubiertas, formando orlas que enmarcaban delicadas estampas (decoración del llamado MISAL DE LA VIRGEN, ofrenda de D<sup>a</sup> M<sup>a</sup> de la Concepción Gotor y Perier a la Virgen de los Llanos, en 1946, también firmado por P. Martínez —la encuadernación— y por J. Panadero —las ilustraciones—). Sin embargo, evidentemente, esta fórmula no satisfacía sus ambiciones; con el tiempo la ornamentación del libro había de adquirir la atención preferente, casi absoluta del interés del artista, aunque la encuadernación, efectuada ahora directamente por sus manos recibiría a su vez un complementario cuidado especial que le llevaría hasta lograr una perfección y maestría inimitables.

Entre sus colegas españoles el encuadernador albacetense comenzó a disfrutar de extraordinario prestigio y de nada disimulada admiración (3). Quizás, de todos ellos, quien mejor logró penetrar en el conocimiento de su obra y de su personalidad fuera el catalán Emilio Brugalla, que más tarde dedicó en la prensa especializada, a partir de 1962, varios recuerdos emocionados

en su memoria (4).

Brugalla había podido descubrir en nuestro pintor “ un singular sentimiento del color y una retina privilegiada”; estas cualidades se desarraillaron en un ambiente de aislamiento difícil, que hubo de superar con voluntad de autodidacta enardecido por una limpia pasión hacia lo minucioso, por una escrupulosa exigencia de los pequeños detalles y por una meticulosa pulcritud.

Sin embargo, una vez más se reprodujo la máxima bíblica, los suyos no le reconocieron, acreciéndose en el artista un crecimiento de desestima; recluso en su reducido taller, —prensa, tijeras, engrudo, pluma y tintero, una hogarña mesa camilla y sus ilusiones— se esforzó sin atisbos de recompensa, hasta sentir que el ámbito local, su ciudad, quedaba pequeña para él.

El encuadernador catalán citado, refiriéndose a esa época de la vida del encuadernador albacetense, escribiría después estas delicadas palabras: “Su gran esfuerzo, sin lauros

(3) En julio de 1963 se celebró en el Museo Municipal de Madrid una Exposición de Encuadernadores Españoles Contemporáneos en la que junto a obras de Aniolín Palomino, Emilio Brugalla, Gortman, Lassaletta, “Nicolás”, etc., 13 obras de José Panadero ocuparon un lugar preferente.

(4) Emilio BRUGALLA, “Recuerdos de José Panadero Saló, Un artista ignorado. Un asombroso pintor y encuadernador”, en *La Vanguardia Española*, 28 II 65; y “La prime d’art affranchi consacré au livre”, en *La Retraire*, Paris, Oct., 1964.